

Premio Nacional de Historia 2020

“La Constitución de 1980 es la más revolucionaria”

En 1978, Iván Jaksic se fue a Estados Unidos, pero en 2006 volvió para ser protagonista y seguir estudiando lo que más le apasiona: nuestra historia republicana.

Por Boris Bezama

La vida de este historiador podría tener varios tomos y está íntimamente ligada al desarrollo político y social de nuestros últimos 50 años, donde el exilio y los estudios marcaron a este descendiente de croatas y chilotas. Desde Punta Arenas, aterrizó en Puente Alto a fines de los 70, en medio de un país que enfrentaría un quiebre que lo obligó a reubicarse en Estados Unidos, donde permaneció durante tres décadas.

Ya no es el joven que estudiaba Filosofía en el Pedagógico, ni el mecánico que en 1974 trabajó en un taller en la ciudad de La Plata, sino que es doctor en Historia de la Universidad Estatal de Nueva York y miembro de la Academia Chilena de la Lengua, con un CV que muchos quisieran: académico de las universidades de California en Berkeley, Wisconsin y Notre Dame, presidente del Consejo Académico del Centro de Estudios de Historia Política de la Universidad Adolfo Ibáñez y director del programa de Stanford en Chile.

El historiador no usa redes sociales, salvo whatsapp, y desde 2006 Santiago volvió a ser su casa. Entonces su nombre comenzó a ser distinguido con más fuerza en los círculos académicos e intelectuales.

-Usted llegó a Estados Unidos cuando ya había terminado la guerra de Vietnam, ¿tuvo la oportunidad de compartir con veteranos de guerra?

-Llegué en un momento bastante difícil, era el gobierno de Gerald Ford y empezaba la carrera para las elecciones. Me impactó mucho que había muchos veteranos en situación de calle, gente muy golpeada mentalmente y después tuve varios alumnos que habían estado en la guerra. Nueva York estaba entrando en un cambio econó-

mico tremendo, las viejas industrias del acero estaban perdiendo competitividad ante Japón y había una cesantía terrible. Me impactó mucho cómo una zona que yo pensaba que era próspera, se estaba cayendo a pedazos.

-Debí haber sido difícil.

-El barrio donde vivía, en Búfalo, tenía mucha violencia y droga. Pero cuando uno comparte esa dureza aprende a convivir, a ser solidario. Tuve muchos amigos que han muerto, sobre todo puertorriqueños, que eran mayores que yo. Cuando terminé mis estudios de doctorado en historia con mención en filosofía, en 1981, me fui de ahí.

-¿Se imaginó alguna vez que de Punta Arenas llegaría a Nueva York?

-No, eso fue una serie de accidentes. De hecho, estudié en una escuela industrial en Punta Arenas, como mi hermano (Premio Nacional de Ciencias, 2018), pero mi familia se trasladó a Santiago al sector de Vicuña Mackenna, entonces nos correspondía estudiar en Puente Alto, de donde egresé como mecánico industrial. En 1971 entré a estudiar filosofía en la Universidad de Chile hasta que vino el golpe militar. Me fui a Argentina en 1974 y me reincorporé a mis estudios después de un año, el 75, hasta que me expulsaron el 76.

-¿Pertenece a algún partido?

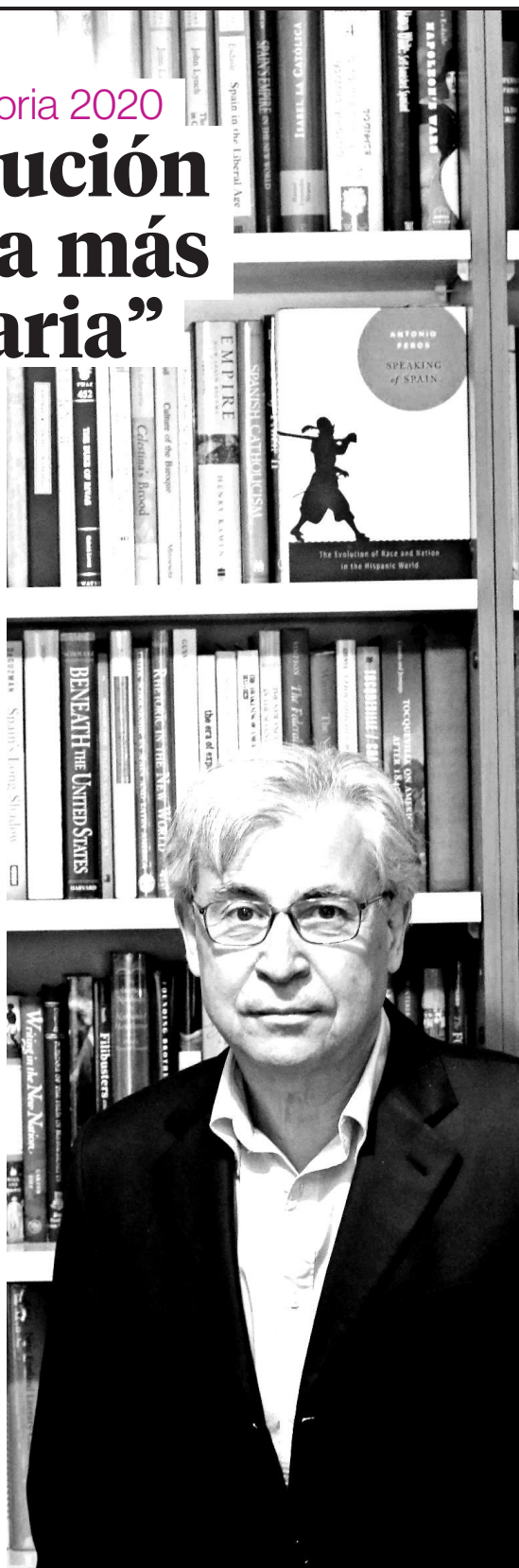
-No tenía ninguna militancia política, pero con varios de mis compañeros fuimos perseguidos. Cuando caía la DINA se llevaban al primero que encontraban. Varios de esos compañeros fueron ejecutados, desaparecidos o pasaron tiempo en las mazmorras. En esas circunstancias salí a Argentina como una medida desesperada. Encontré trabajo como mecánico en La Plata y estuve un año allá.

-¿Luego regresó a Chile o se fue de inmediato a Estados Unidos?

-Llegué en 1975 a Santiago, alcancé a estudiar la mayor parte de ese año, pero cuando traté de matricularme con un rector delegado del Ejército, me expulsaron. En esa época el servicio militar era obligatorio y uno lo podía postergar como estudiante, pero al perder esa condición me reclutaron. Y antes de tener que presentarme al Regimiento Buin, pedí ayuda para irme. Me declararon remiso y, por lo tanto, no podía regresar. Así, a los 22 años partí a Estados Unidos.

-¿Nunca más regresó a Chile durante la dictadura?

-En un momento en que se declaró una amnistía a la que supuestamente yo calificaba, traté de gestionarla y me dijeron que debía venir a Chile. Cuando me presenté ante la dirección de reclutamiento me dijeron que debía ir a la fiscalía militar, y ahí me juzgaron y condenaron a cuatro años de servicio militar. Todo esto es kafkiano, pues me detuvieron, me llevaron al Ministerio de Defensa y siguieron el proceso regular de hacerme el examen médico... es medio traumático. En todo caso logré salir del país en 1978, en parte, porque no pasé el examen físico y ahí cerré la puerta y dije “adiós Chile”.



ALEJANDRO BALART

-¿Por qué decidió regresar en 2006?

-Yo me proyecté viviendo en Estados Unidos, logré una estabilidad, me hice ciudadano norteamericano. La verdad es que toma mucho tiempo reconstituir la vida después de una experiencia como ésta -dejando muy en claro que la mía es un chiste al lado de la que sufrió otra gente-, y fue solamente cuando me hicieron la oferta de ser director del programa de Stanford en Chile que regresé.

-¿Cree que este es un país meritocrático o que acá hay más bien privilegios acotados?

-La meritocracia empezó a tener una presencia muy temprana. Conocemos la parte oscura del periodo de Diego Portales, pero la parte positiva es que a quien recluta para los trabajos del gobierno, o a quienes identifica como funcionarios públicos o como líderes, son Antonio Varas, que no tiene un quinto, igual que Manuel Montt. Lo hace porque han demostrado ser buenos alumnos, inspectores y rectores, y pasan entonces a una lista para ser diputados y ministros. En Chile hay una tradición meritocrática, si uno entra al Instituto Nacional o a derecho de la Universidad de Chile, entra por un tubo a los puestos más importantes del país.

-Pero sin educación de calidad, a ese tubo entran sólo unos pocos...

-La meritocracia también ha sido una de las víctimas de la municipalización de la educación, donde las comunas con más recursos tienen mejor educación, entonces se ha ido desperfilando la meritocracia y tenemos que buscar una forma de recuperarla. Tenemos buenos ejemplos, como los liceos bicentenario, y debemos emparejar la cancha para que las oportunidades sean más amplias.

-¿Cómo vivió usted la meritocracia en las universidades estadounidenses?

-Estados Unidos tiene un sistema universitario muy meritocrático, nadie se queda atrás y sin educación si es que tiene los instrumentos básicos. Una persona que ha ido a los mejores liceos irá a Harvard y a Princeton. Eso está muy instalado, incluso en las universidades de elite. Mi caso es un ejemplo: un extranjero con afán de salir adelante, que pudo hacer carrera académica y competir con lo más selecto de la educación de allá.

Desprestigio de los partidos, el Ejecutivo y el Congreso

La vinculación con gente joven y el trabajo en equipo es crucial para Jaksic, quien por más de cinco años editó cuatro tomos, de 500 páginas, sobre nuestra historia política (1810-2010). Lo hizo junto a Juan Luis Ossa, Francisca Rengifo, Susana Gazmuri, Claudio Robles y Andrés Estefane, y fueron 54 autores que desmenuzaron las distintas formas en que se disputa y negocia el poder. Sus contactos internacionales le ayudaron para invitar a académicos del extranjero, que revisaron borradores y trabajaron en las versiones finales.

-¿Cuál es la importancia que tiene en nuestra historia republicana la Cons-**titución de 1833?**

-Es muy importante. Antes hay otras constituciones -la de 1822, 1823, 1828-, pero la que todos reconocemos como la que definió la historia política de Chile es la de 1833. Es una reforma que crea un mapa político donde predomina el presidencialismo y el poder del Ejecutivo, que es bastante pronunciado. Le da además ciertos poderes al Congreso y lentamente lo que empezamos a ver en nuestra historia política es la tensión entre el Ejecutivo y el Congreso.

-Esa tensión tuvo su peak en 1891, con la guerra civil y la revolución más sangrienta de la historia del país.

-Efectivamente se produce un golpe de timón en 1891 cuando el Congreso prevalece por sobre el Ejecutivo, pasando del presidencialismo, cuya última manifestación fue Balmaceda, a la predominancia del Congreso. Aunque después el péndulo se va hacia el presidencialismo con la Constitución de 1925, pero hasta el 73 vivimos en una tensión constante.

-Dicha tensión se arrastra hasta hoy y el mejor ejemplo es el retiro del 10% de las AFP, donde los parlamentarios le doblaron la mano a La Moneda.

-Por supuesto, y en muchos otros aspectos existe una tensión importante entre el Congreso y el gobierno. Se requiere buscar un nuevo equilibrio entre los poderes del Estado y no hay que olvidar tampoco del aparato judicial, del Tribunal Constitucional y de la Contraloría.

-Pero, a diferencia del siglo pasado, ahora a esa tensión se suma el desprestigio de las instituciones.

-Claro, esta tensión viene acoplada con un desprestigio de los partidos políticos, del Ejecutivo y del Congreso, entonces no solamente existe dicha tensión entre los poderes del Estado, sino que hay que agregarle la tensión entre las instituciones y la ciudadanía. Entre 1925 y 1973 había una sociedad civil muy activa, con partidos políticos muy poderosos y legítimos, pero eso ya no existe.

-¿Qué valor le asigna a la Constitución de 1980?

-Comparto lo que Juan Luis Ossa dice en su libro "Chile Constitucional", que la Constitución de 1980 es la más revolucionaria, porque trata de rehacer el sistema político, saca del mapa a ciertos partidos e introduce una serie de enclaves, privatiza y le entrega al mercado una serie de responsabilidades. Es una constitución que realmente no obedece a la historia constitucional del país. Se necesitaron muchos acuerdos políticos para reformar la Constitución del 80, pero igual no ha convencido a la ciudadanía, por lo que la gente llama a "ilegitimidad de origen" y entonces se ha planteado la posibilidad de hacer una nueva, aunque no de cero, porque es imposible. Pero si se aprueba una nueva constitución, debemos reiniciar esta tradición reformista de lograr consensos, acuerdos, para que nos sirva para las nuevas generaciones.

-¿Qué aspectos podría comparar entre la de 1833 y la que está por redac-

La Concertación fue una gran contención para las demandas sociales, pero cuando ésta empezó a perder peso político, todo lo que estaba sumergido explotó"



En la elección de los constituyentes hay una gran oportunidad y una de las figuras es Agustín Squella, que podría ser un gran aporte."

tarse?

-Lo más fundamental de la Constitución del 33 era el orden, hoy en cambio lo más importante es la convivencia, el reconocimiento de los derechos sociales. En 1833 el electorado era muy reducido, los candidatos a parlamentarios eran elegidos a dedazo, se sometían a un proceso electoral bastante restringido. No existían las primarias o convenciones, pero hay un concepto de ciudadanía que es el voto, que permite una evolución. Así se comienzan a eliminar los requisitos de propiedad y censitarios, y se produce una tremenda expansión del sufragio.

-En su libro "El modelo chileno, democracia y desarrollo de los 90" hace un balance de lo que fueron las políticas sociales del país. Cuando lo escribió, ¿se imaginó que podíamos llegar a un estallido como el de octubre?

-Ese también es un trabajo colectivo que hicimos con Paul Drake. Y en la misma introducción dejamos en claro de que se estaba avanzado en la medida de lo posible, como decía Patricio Aylwin, pero que habían muchos temas pendientes. Entonces no sabíamos cómo y cuándo iba a ocurrir (el estallido). La Concertación fue una gran contención para las demandas sociales, pero cuando ésta empezó a perder peso político, cuando empezó la fragmentación de los partidos, todo lo que estaba sumergido explotó.

-¿Cómo juzgará el tiempo a este gobierno que le tocó enfrentar dos situaciones muy complejas: el estallido y la pandemia?

-Es cierto que el gobierno tuvo la pésima suerte de que le cayeran estas dos cosas. Pero hay falencias, como la empatía y los desastres comunicacionales que no se han manejado bien. Varios ministros han dicho cosas muy dolorosas, que revelan una desconexión. Si le agregas el estallido social y la pandemia, es una paliza. En la historia de Chile ha habido momentos muy críticos, como en el gobierno de Salvador Allende, cuando se empieza a desmoronar todo, pero no creo que estemos en una situación así, no es la UP.

-¿Cuál debería ser el rol de los historiadores en este proceso?

-Estamos en una situación muy anómala, donde los partidos políticos que han perdido mucho prestigio todavía tienen el control. Pero en la elección de los constituyentes hay una gran oportunidad y una de las figuras es Agustín Squella, que podría ser un gran aporte junto a algunos historiadores con una mirada a largo plazo. Aún eso sí no sabemos cómo se va a configurar: si van a ser sólo miembros del Congreso, mixtos o populares.

-Eso quedará deshecho el 25 de octubre.

-Ahí se conocerá mucho más la ruta y no creo que vayamos a un abismo en el sentido de que sea terrible lo que está en juego. Tenemos la tradición política como para enfrentar este tipo de circunstancias, pero faltan voces, porque las que hay están muy desprestigiadas.